

LA SEMANA.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

NUEVA PUBLICACION EN ESPAÑA. — UNA ENTREGA CADA DOMINGO.

ENTREGA 4ª.

Es propiedad.

SE SUSCRIBE EN BARCELONA

En la librería de J. VERDAGUER, Rambla frente al Liceo. — SALA hermanos, calle de la Union. — SUBIRANA, plaza de la Constitución. — OLIVERES, calle Ancha y Fustería. — MANERO, frente al teatro Principal, n.º 7. — GINESTA, calle de D. Jaime I. — CERDÁ, plaza del Angel. — GARCIA, calle de la fuente de San Miguel.

Toda la correspondencia se dirigirá franca, á los Señores FONT y BLANCH, en la Librería de Joaquín Verdaguier, Rambla, n.º 5, Barcelona.

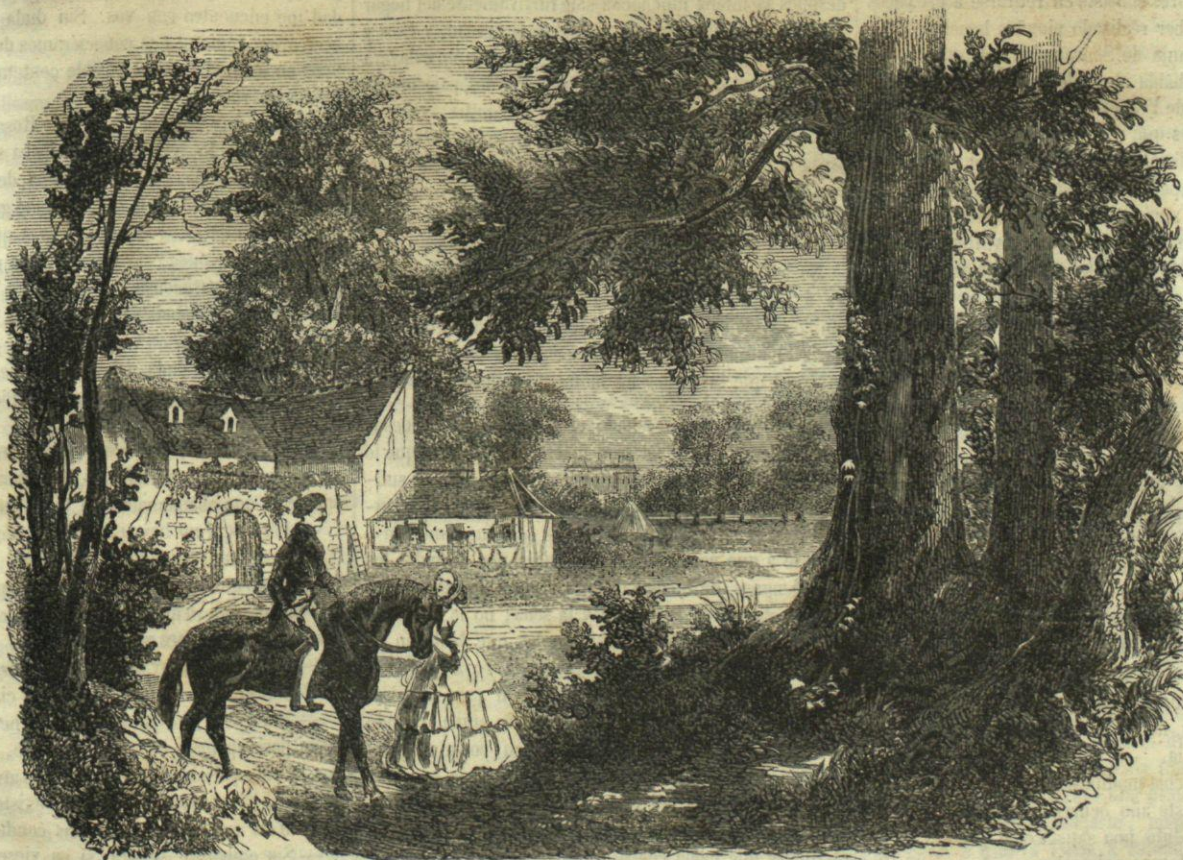
PRECIO.

En BARCELONA, por 4 entregas

llevadas á domicilio 2 rs.

En las Provincias, por id. 3 rs.

Cada Entrega suelta 6 cuartos.



Hector saludó á la desconocida. (Pág. 26, col. 2ª.)

SUMARIO.

NOVELAS: La Granja de Senectensin, por M. JORGE BELL. — El Castillo de las Tres Torres, por M. MÉRY. — VIAJES: Diario de una Institutora en Rusia, por la Señorita MARIA NÉVILLE. — **VARIEDADES:** Navegacion submarina, por J. R.

LA GRANJA DE SENECTENSIN.

POR M. JORGE BELL.

A breve distancia de Arfeuil, en el Berry, en las fronteras de la Braine y en una comarca tan dilatada como cenagosa, se levanta el castillo de Blegny, que es una casa señorial construida al estilo del tiempo de Luis XIII, es decir, de ladrillos rojos unidos por una argamasa muy fuerte en la que predomina la cal y que con el tiempo comunica á los edificios un blanco mate que cuadra perfectamente con el color del ladrillo enrojecido al fuego. El ajuar de este castillo lleva un siglo de atraso á la actual moda: los tapices, los sillones, las puertas y los espejos recuerdan el reinado de

María Antonieta cuando menos, porque la familia de Blegny conserva la religion de los recuerdos y no quiere clasificar los muebles de aquel tiempo entre los vejesterios para sustituirlos con otros mas apropiados al gusto moderno.

Los habitantes del castillo son como los muebles. La marquesa de Blegny es una abuela elegante que conserva las ideas y tradiciones de la antigua cortesía, y así es que hace mas de veinte y cinco años que no ha salido de sus dominios, porque en su concepto el castillo de Blegny es un reino, y ella su soberana adorada. Dos generaciones ha visto nacer, vivir, casarse y morir, y aunque es la única que ha sobrevivido con un viznieto á todos los individuos de su familia, ni un solo día ha perdido la jovialidad francesa que antiguamente era de buen tono, pero que raras veces se observa en las fisonomías del día. Todos los habitantes de la comarca, hasta diez leguas á la redonda, la conocen, y para decir toda la verdad, no debemos omitir que la marquesa hacia muy bien en despreciar las tristes y morosas maneras de que hacen alarde los viejos, porque todo le habia sonreído y aun continuaba sonriéndole. En su juventud no habia tenido otros rivales que las mujeres

mas elegantes de la corte de María Antonieta: la flor y la nata de los cortesanos se habia disputado la honra de besar la punta de los dedos de su linda mano, y desde que habitaba en su hacienda de Blegny, sus menores deseos y caprichos eran órdenes rigurosas que cada cual se complacia en satisfacer.

El viznieto de la marquesa, último vástago de aquella noble raza, tenia diez y ocho años en 1846, que es la época á que nos referimos; reunia todas las gracias físicas é intelectuales de las naturalezas aristocráticas, y su mayor anhelo consistia en descansar de las lecciones del preceptor al lado de su abuela, que con una condescendencia enteramente juvenil le referia todas las crónicas mas agradables del Ojo de Buey y de los dos Trianones. A fuerza de relaciones como estas, el joven Hector de Blegny llegó á ser un cumplido caballero de la antigua corte, porque con una facilidad extraordinaria se amoldaba á todos los caprichos, á todas las pasiones y á toda la elegancia de los hijos de los héroes de Fontenoy.

-- Mamita mia, decia Hector á su abuela, cuéntame alguna de esas historias antiguas...

Y la marquesa, sin hacerse de rogar, se refrescaba

la memoria y con un poco de esfuerzo recordaba mil y una anécdotas á cual mas interesantes sobre el conde de Artois, el duque de Orleans, M. Lafayette, M. Coligny, la princesa de Lamballe y las señoras de Polignac. Las relaciones de la marquesa presentaban un cuadro muy animado de aquella época, y estamos seguros de que los héroes de la primera emigración hubieran admirado todavía aquel ingenio siempre vivo, original é interesante.

De esta suerte llegó Hector de Blegny á los diez y ocho años, hermoso de cuerpo y dispuesto de espíritu á todos los sentimientos nobles, aunque jamás había salido del seno de la familia.

Confinaba con las tierras de Blegny una famosa hacienda llamada la granja de Senectensin.

Esta granja, como todas las que hay en las espacuosas llanuras del centro de Francia, estaba abandonada á unos labradores advenedizos, de esos que generalmente no pertenecen al país, pero que se presentan con un capital en la mano para arrendar una hacienda, del mismo modo que se arrienda una casa. Toda la industria de estos labradores consiste en retirarse á los pocos años despues de haber realizado pingües beneficios.

En 1816 la granja de Senectensin estaba ocupada por una familia que había ido al Berry desde los últimos términos de la isla de Francia. Esta familia se componía de varios muchachos que se apiaban en torno de unos padres robustos y aficionados á las faenas del campo con una vehemencia que podría llamarse apasionada. Aquellos buenos labradores aumentaron sobremanera en pocos años el producto de las mejores tierras trasformando en huertos y jardines los pantanosos terrenos que dependían de la granja y haciendo lucrativo lo que hasta entonces había sido para la comarca una verdadera plaga; mas esta conducta, como sucede en semejantes casos, les acarreó la envidia de todo el país, porque los campesinos á quienes corroía la miseria por razon de su ignorancia y de su pereza, consideraban como un verdadero robo cometido á costa suya el bienestar que reinaba en la granja de Senectensin. Cada día el colono tenía que reparar los estragos que hacia en sus cercados la envidia de los vecinos; cada día tenía que quejarse de los robos incesantes que imponían á sus mieses un diezmo forzoso.

Ninguna relacion existía entre el castillo y la granja. El colono vendía sus frutos en los mercados de las cercanías, y aunque iba tres veces al año, es decir, en las fiestas mas solemnes, á llevar los mejores á la vieja marquesa de Blegny, no era por obligacion, sino por una pura condescendencia.

Esta costumbre debía modificarse en 1846.

Al principio de este año ocurrió un acontecimiento inopinado que introdujo una satisfaccion general en la granja comunicándole una animación y vida capaces de poner en zelos al castillo mismo. En una hermosa mañana de abril apareció en el umbral de la granja de Senectensin una agraciada moza, dotada con todos los atavíos de la juventud y vestida con tanta elegancia como una parisense, y desde aquel instante se la vió cada día en todos los caminos que llevaban á la granja, unas veces á pié, otras veces á caballo, ó en la modesta carreta de los aldeanos. Esa muchacha jugueteaba con los hijos del colono y les profesaba al parecer mucho cariño, mas no tardó en descifrarse el enigma relativo á aquella buena moza, que con ser la misma señorita Rosalía, hija primogénita del colono de Senectensin, no había visto aun á su familia desde que esta se había establecido en el Berry.

La señorita Rosalía-Martin tenía unos veinte años; su tez era fresca y aterciopelada como las primeras flores de la primavera; su agraciado rostro era capaz de seducir el pincel de los buenos artistas que trabajaban para los gabinetes del siglo pasado; sus facciones, aunque exentas de la peregrina belleza que escita de pronto la admiración, ofrecían la esquisita gracia, la fina distinción y la seducción particular que caracteriza lo que llamamos bonito, y á llevar el traje correspondiente á la época nos hubiera parecido una heroína de Boucher ó de Watteau.

¿Cómo es posible que una muchacha tan bien vesti-

da se presentara en aquellos términos á unos padres que vivían en el campo, y que al parecer habían sido siempre labradores? Preguntado al país en donde vivía la familia Martin antes de ir á establecerse en el Berry, y os dirán que en la isla de Francia también hay granjas cuyos términos confinan con la hacienda de los castillos. Los habitantes de los castillos suelen ser jóvenes desocupados que en el acto mismo de nacer se han visto obsequiados por la fortuna, mas en las granjas nacen, crecen y viven algunas muchachas agraciadas que tienen continuamente á la vista todas las maravillas del lujo parisense. No deja de ocurrir algun día que los jóvenes castellanos se atreven á prometer á la hija del colono todos los objetos por quien ella se desvive, porque el deseo se infiltra en su corazón como se desliza la serpiente entre la florida yerba de los prados: niégase la muchacha avergonzada, mas el carmin de sus mejillas divulga su deseo; al otro día se presenta el joven otra vez con palabras aun mas tentadoras y con alguna joya lisongera; consúmase la seducción, y comienza inmediatamente un drama de familia. Poco despues la infeliz muchacha sale furtivamente del hogar paterno para engolfarse en la populosa ciudad, y Dios y ayuda que no se vea abandonada de su amante calavera en el umbral de la vida parisense. La desaparición de la niña difunde la consternación en la familia, y á menos que profese un amor invencible al suelo patrio, no tarda la muchacha en emigrar de su país en busca de una tierra que no le recuerde á cada paso su mengua y desesperación.

Tal es la historia de Rosalía Martin.

No tenía aun diez y seis años, y había abandonado ya á su padre, á su madre, á sus hermanos, á sus amigos y los recuerdos de su infancia para engrosar en Paris el número de las niñas elegantes y el esplendor equívoco que brilla por un momento y desaparece para siempre.

Harto había aprovechado el tiempo Rosalía desde aquella época. No le faltaron maestras á docenas que le proporcionaban alguna instruccion; no le faltó la suficiente coquetería de que suele ir acompañada la naturaleza de la mujer, cualquiera que sea su condición ó la clase á que pertenezca, para hacer uso de todos los pelendengues de la moda y pasar plaza de maestra en el arte de llevar la blonda y la seda; no le faltó una concurrencia de personas distinguidas que hallaban en casa de Rosalía mas libertad que en la suya y que le dieron el suficiente barniz de educación para admirar á los jóvenes de las clases inferiores. En suma, cuando Rosalía se restituyó á su familia, bien podía un provinciano tomar la escentricidad de su traje por una elegancia de buena ley.

Rosalía Martin había llegado á fastidiarse de la vida parisense que hacia cuatro años que llevaba, y al fin había sentido la necesidad de tomar algun descanso, pues no se le ocultaba que los violentos estímulos de sus cotidianas diversiones acabarian por ajar su gracia y su juventud. Además una mañana le habían ocurrido dos ideas muy graves como un molesto ensueño, pues no pudiendo familiarizarse mas tiempo con el vacío de su conducta descaba contraer un matrimonio legítimo ó entrar en el teatro para adquirir una posición. Indecisa entre estas resoluciones, salió de Paris para respirar el aire puro de los campos del Berry.

Rosalía, como llevamos dicho, solía ir á caballo á través de los senderos que cortaban en todas direcciones los diversos campos de la granja de Senectensin. Hector de Blegny por su parte corría también por el campo con sus perros, que á fuerza de ladridos escitaban el rápido galope de su caballo.

No tardaron en encontrarse los dos jóvenes, y con toda la urbanidad de un caballero del antiguo régimen, Hector saludó á la desconocida, que le pareció mas hermosa que las heroínas de las anécdotas de su abuela, en medio del entusiasmo de una naturaleza veraniega, dispuesta á verse substituida por los ardores del estío. Bastóle con una mirada á Rosalía para juzgar al joven castellano y el efecto que había causado su presencia. Devolvióle el saludo armando su gracioso labio con la

mas lisongera sonrisa y cerrando los ojos á medias para echarle la mas seductora de las miradas, porque la mujer no pierde nunca los derechos que le competen á la coquetería y no se olvida de ejercerlos en todas las ocasiones oportunas.

Por la noche Hector y Rosalía se dedicaban mutuamente sus pensamientos; el joven se complacía en la imagen de una mujer á quien apenas había visto haciéndose repetir las historias que le había referido la vieja marquesa sobre los amorosos encuentros de su mocedad; y Rosalía dirigía preguntas á su padre poniéndose en breve al corriente de cuanto se decía en la comarca acerca de la familia de Blegny.

Trascurrieron muchos días sin que la casualidad facilitara á Hector y á Rosalía un nuevo encuentro, mas esta ausencia forzosa irritaba de cada día mas los deseos de uno y otro, y al fin Hector determinó salir al encuentro de Rosalía en los huertos con que la inteligencia agrícola había sustituido los pantanos de Senectensin.

— Perdonad, señorita, dijo el joven quitándose el gorro; esta es la segunda vez que por una feliz casualidad me encuentro con vos. Sin duda me permitiréis acercarme como si nos conociéramos de mucho tiempo, pues en este país no es posible contemplar con indiferencia un rostro conocido.

— Sois muy amable, respondió Rosalía con una sonrisa que por lo agraciado disculpaba su impertinencia; ¿cómo es posible que os acordéis de una mujer que solo habeis visto de paso?... A mí me gusta mucho respirar el aire de estos campos, y mas que todo correr á mis anchuras, pues esto me conviene mas que la fatiga de la vida parisense.

— Con qué habeis estado en Paris!

— Sí señor.

— ¡Oh! Sin duda echareis de menos en nuestras comarcas las distracciones que suministra una ciudad populosa.

— Al contrario, me siento mucho mejor. Y luego si he salido de Paris no ha sido para correr de nuevo en pos de lo que abandonaba con tanto gusto.

— Pero aquí no hay teatros, ni bailes, ni fiestas...

— Pero hay tranquilidad y libertad. Aquí puedo ir y venir como quiero y adonde quiero; aquí no hay nadie que me persiga ó que fiscalice mis acciones, y ¿creéis acaso que es esta poca ventaja?

— Sin duda es muy agradable la libertad del campo... pero; son también tan agradables las ciudades!

— Pues yo tengo para mí que es necesario ser muy necio para apetecer la vida parisense. No quiero decir que la vida parisense no ofrezca sus atractivos, pero la felicidad, la verdadera felicidad no existe sino en el campo, con tal que se reúnan ciertas condiciones.

— Sin embargo, señora, si os vieseis condenada á vivir eternamente en el campo...

— En primer lugar no aceptaría una condenación semejante, porque la sola idea de una obligación ó de un obstáculo me hace parecer insupportable y deforme lo mejor del mundo; pero venir á este Berry, contemplar un país tan pintoresco con sus llanuras, sus arboledas y sus leyendas, venir libremente, voluntariamente, con una fortuna que permite saborear lo que en todas partes hace grata la existencia, esto es lo que se llama ser feliz, de manera que á mí me dan lástima los que dicen lo contrario.

— Señora, aunque joven, sois muy docta...

— ¡Qué! No señor: la edad no tiene nada que ver con lo que digo. En el día no hay nadie que se digne pensar en su vecino, porque nuestro siglo tiene ocupaciones muy urgentes; cada cual está obligado á pensar en sí y arreglarse como mejor le cumple. ¡Feliz el que logra adquirir una particella siquiera de aquellas cosas tan envidiables que había antiguamente; amor, reposo, seguridad, libertad!...

Caminalan entretanto los dos jóvenes por un estrecho sendero orillado de ojaicantas en flor. Los pajarillos estaban cautando sus amores en las ramas de los vecinos guindos; la naturaleza entera mostraba su carita de pascua, y el hombre se complacía en contemplar todas

aquellas maravillas y oír aquellos armoniosos gorgoros.

Rosalía Martín tenía la experiencia pretoz que suministra á las mujeres la vida parisiense. Sus miradas abrasaban las mejillas del joven cada vez que prendía su llama en los ojos de Hector. Era evidente que el caballero estaba dominado por los primeros amores, y que sus acciones revelaban sus sentimientos con un candor infantil; así Rosalía sabía perfectamente á que atenerse, y su imaginación no flotaba ya entre las resoluciones que le estaba aconsejando el porvenir.

He aquí que de repente salió de entre los árboles en donde jugueteaba una bulliciosa cuadrilla de muchachos que se estableció al rededor de la joven.

— Son mis hermanitos, dijo Rosalía presentándolos al caballero.

Este tomó al mas niño, que era el retrato vivo de su hermana, y alzándole en brazos la acarició con entusiasmos, mas aquellos miros apasionados pusieron celos á los restantes, que asiendo del vestido de Rosalía le pedían con la ternura de la infancia que los restituyese á su casa.

En el acto de despedirse de Rosalía, Hector se atrevió á decirle al oído:

— Hasta la vista, señorita, hasta luego.

Durante la velada la vieja marquesa observó que su nieto estaba mas obsequioso con ella que de costumbre, como que le prodigaba aquellas atenciones que generalmente no alucinan á los viejos dotados todavía, como la marquesa, de esa inteligencia juvenil que se oculta bajo las canas, y conoció inmediatamente que habia ocurrido una revolución en la existencia de Hector, ó sea, que habia sobrevenido un elemento nuevo para interrumpir la monotonía de los hábitos contraindidos.

A pesar de este conocimiento, se abstuvo de dirigir á Hector preguntas indiscretas, no porque temiera que el joven le ocultase la verdad, sino porque creia justamente preferible tomar informes secretos para estar dispuesta contra todas las eventualidades á que podía dar margen aquella situación nueva. La prudencia de la marquesa era una compañera inseparable de su inteligencia, y así es que no tardó en descubrir aquel misterio interior.

Cuando estaban solos en el vetusto salon que traía á la memoria la rancia moda del siglo pasado, la vieja marquesa y su nieto pasaban el tiempo departiendo de todo lo antiguo y desconocido. Acababan de dar las nueve en el vetusto reloj del castillo, que para un anticuario hubiera sido un objeto inestimable, y es muy sabido que aquella hora en el campo suele ser tardía, porque los campesinos se acuestan con las gallinas para levantarse con las golondrinas. Reinaba en el horizonte un silencio profundo, solemne y eminentemente poético, y apenas se oía en el castillo mismo, el ruido que estaban haciendo los criados, pero de repente se oyeron los ladridos de los perros, y luego resonaron en las baldosas de la escalera los zuecos de un campesino.

Poco despues entró un ayuda de cámara para presentar á la marquesa una carta delicadamente cerrada en una bandeja de plata.

— ¿Qué hay, Bautista? preguntó la vieja estendiendo la mano.

— Una carta que acaba de traer corriendo un labrador de la granja de Senectensin.

— ¿Qué asunto tan urgente será ese?

— El mensajero ha dicho que me sirviera entregar inmediatamente la carta á la señora marquesa.

Madama de Blegny tomó la carta, y en el acto de abrirla sintió un cuerpo sólido oculto en el papel: era una joya de familia que Hector solia llevar en la corbata. La carta explicaba como se habia extraviado aquella preciosa alhaja, y estaba concebida en estos términos:

« Señora marquesa: Esta mañana, mientras me estaba paseando con mis hermanitos por los huertos de Senectensin, nos hemos encontrado con el señor marquesito, vuestro nieto, que ha sido bastante bondadoso para departir conmigo y acariciar á los niños; mas en el acto de acariciarlos se le ha desprendido el alfiler adjunto, que el señor marquesito debe estimar en mucho,

porque la piedra es muy buena, y el engaste es de una labor exquisita. Dificil fuera seguramente hallar en las modernas platerías una alhaja como esa: por tanto me considero obligada, señora marquesa, á remitirlos al acto continuo no dudando que disculparéis la libertad que se ha tomado de escribiros la mas humilde y atenta de vuestras servidoras. »

La marquesa leyó la carta para sí, mas al ver la firma, que decía Rosalía Martín, se volvió repentinamente á su nieto y le dijo con la libertad que tiene una abuela y de que sabia hacer uso con una circunspeccion inesplicable:

— ¡Hola! hijo mio ¿con qué, se llama precisamente Rosalía Martín esa buena moza que te trae tan aturdido!

A una interpelacion tan inesperada, el pobre joven quedó sorprendido, como que ni acertaba á combinar un pensamiento ni á pronunciar una palabra.

Despues de una breve pausa la marquesa continuó diciendo:

— Hago esta pregunta, porque, como ya ves, las revelaciones me salen al encuentro. Yo quisiera cerrar los ojos, pero por mas que quiero no puedo. No creas sin embargo que censure tu conducta, pues harto sé yo que á tu edad es necesario divertirse, pero quiero darte un consejo. En medio de los devaneos á que puedes entregarte sin que yo pueda reconvenirte por ellos, respeta la memoria de tus padres, á quienes no has llegado á conocer. Este alfiler era un recuerdo suyo; no lo extravies, hijo mio.

Y esto diciendo, la vieja marquesa hacia centellear en la punta de sus descarnados dedos la joya que acababa de remitir Rosalía Martín.

Tomóla Hector mientras el pudor coloreaba su frente; mas no le hubiera sido muy fácil explicar lo que á la sazón estaba sintiendo, porque tenia el pecho tan oprimido como si se lo hubiesen estrechado con un tornillo. Ninguna pasión le unia sin embargo todavía á aquella muchacha á quien habia hallado dos veces en el campo por casualidad.

Ausiliada por su experiencia, la marquesa juzgó la situación con mas acierto, y con aquel acento de bondad que nos convence desde luego, dijo:

— Hijo mio, escucha: los consejos de una vieja como yo, son buenos de tomar y mejores de seguir. Estás á la edad en que la sangre hierve; las pasiones empiezan á agitarte, é importa mucho que no te alucines si quieres ser hombre digno de tal nombre. Tu no amas á Rosalía Martín, pues tu sentimiento es efecto exclusivo del fastidio, y no hay que negarlo, pues, aunque tal vez sin advertirlo, sientes la necesidad de una vida mas agitada que la del antiguo castillo de Blegny. Las halagüeñas miradas de la señorita Rosalía no hacen otra cosa que producir en tu ánimo la agitacion que deseas, y todo cuanto has leído en esos ojos que, segun he sabido, deben de ser muy hermosos, no es otra cosa que zalamerías de una mujer esperta. Tu eres aun demasiado niño para conocerlo, y así déjame hacer á mí. Nosotros debemos una atencion á la señorita Rosalía por la prueba que nos ha dado de delicadeza; por lo que mañana le enviaré un recadito para que venga, pues, á lo que me han dicho, está muy bien educada, y luego te daré cuenta exacta de todo. Ahora es tarde, y por consiguiente vamos á dormir, pero sobre todo procura conciliar el sueño con tranquilidad.

No fué poca la sorpresa que experimentaron al otro dia los habitantes de la granja de Senectensin cuando se les presentó un ayuda de cámara con el recado de la princesa. Rosalía, que ocultaba una alma perversa bajo sus humildes modales, se creyó ya inmediatamente dueña del campo de batalla; pero deseando consolidar la victoria y conquistar á la abuela como creia haber conquistado al nieto, se puso un traje de campo, muy sencillo verdaderamente, pero que daba un completo realce á su belleza, y á las dos se presentó en el patio del castillo de Blegny, donde la estaban esperando para comer.

La marquesa le dispuso una acogida halagüeña, como las que en otro tiempo solian dispensarse, llenóla de elogios, tanto por su belleza como por la elegante sen-

cillez de su traje y por la buena accion que habia hecho el dia anterior, y por último le prodigó los mismos con que las mujeres nos adormecen con la misma facilidad con que nos adormece el canto de las aves ó el penetrante aroma de las flores para entregarnos átosados de piés y manos al que quiere conquistarnos. Concluido el banquete, la marquesa hubiera podido arrancarle sin duda el secreto que deseaba saber; mas aunque era demasiado sutil y esperta para descubrir sus baterías el primer dia, no dejó de experimentar una viva satisfaccion al saber que la señorita Rosalía habia estado mucho tiempo en París á larga distancia de sus padres, y que alguna vez se le habia antojado entrar en el teatro.

Estando en presencia de su abuela, Hector era todavía mas tímido que en el campo, y no se atrevia á mirar á Rosalía, y mucho menos á hablarle: pero sus obsequios no hacian la menor falta, pues no parecia sino que la marquesa se rejuenecia al contacto de la muchacha y que se encargaba con mucho gusto de obsequiarla. No olvidando sin embargo la promesa que habia hecho á su nieto, sostenia la conversacion con una gracia enteramente juvenil, y no desaprovechaba ninguna indicio para estudiar el carácter de Rosalía Martín.

Por la noche, cuando todos los habitantes del castillo de Blegny se hubieron recogido, la marquesa se retiró secretamente á su cuarto y escribió á París para tomar informes.

La contestacion llegó muy pronto, y explicaba de una manera muy circunstanciada toda la existencia parisiense de aquella mujer que tanta daba que decir á toda la comarca del Berry.

No se crea sin embargo que la marquesa se abstuviera de recibir á la señorita Rosalía ó de obsequiarla siempre en lo posible; pero sí que andaba buscando una coyuntura para insinuarle el consejo de restituirse á París y salir para siempre de la granja de Senectensin. No tardó en ofrecérsele la deseada coyuntura.

Apesar de todas sus prendas, la señorita Rosalía tenia un defecto que hace y hará siempre cometer muchas faltas: tal es la vanidad. Rosalía era vanidosa á no poder mas, y precisamente por medio de la vanidad queria la marquesa realizar su proyecto.

Cierto dia, aprovechando la libertad que suelen tener los viejos, la marquesa pidió á la señorita Rosalía que fuese á leerle algun libro, y la señorita Rosalía no tuvo dificultad en acceder á tan inocente desco, pero mientras la joven estaba leyendo con mucha gracia un pasaje sumamente patético, la marquesa la interrumpió diciendo:

— ¡Hija mia, no estrañes mi entusiasmo, porque este pasaje me recuerda las mas dulces emociones que he experimentado en la comedia francesa. Tienes un talento raro, y en este talento una gran fortuna, de suerte que si yo pudiese aconsejarte, mañana mismo saldrías del Berry é irías á París á estudiar algun tiempo bajo la direccion de los mejores maestros, porque estoy cierta de que dentro de poco tiempo serias la primera trágica de Francia.

— ¡O señora! contestó Rosalía ruborizada por el orgullo: algunas veces me han dicho lo mismo otras personas, pero ¿por ventura puede una mujer hacer lo que quiere?

— ¿Y porqué no? ¿No tienes amigos? Dímelo francamente, hija mia, porque si las dificultades son puramente materiales, aquí estoy yo.... Y aun cuento con vivir lo suficiente para aplaudirte en París.

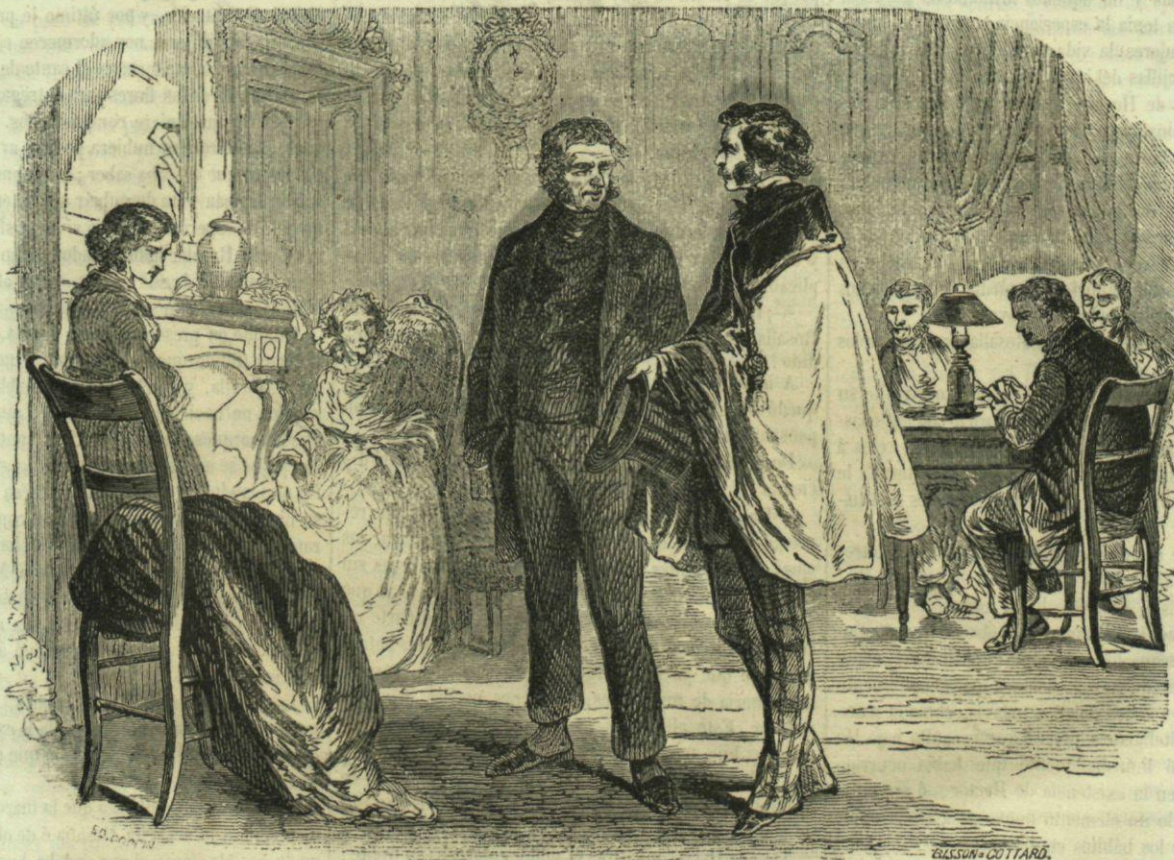
— Sois muy bondadosa, señora, y os lo agradezco con todas veras.

— ¿Qué veras ni que calabazas! Soy vieja, y por consiguiente terca: déjame gozar de mi triunfo: pídemelo todo lo que necesites, porque estoy segura de que serás una de las mayores glorias de nuestro pais.

— ¡Oh! señora....

— Si, sí, señorita: esto no tiene nada de extraordinario.... Lo que siento es ser demasiado vieja, y no hallarme en estado de ir contigo.

Las dos mujeres continuaron platicando en el mismo sentido; pero por último la marquesa triunfó de todas las objeciones á fuerza de lisonjear la vanidad de la joven.



Caballeros, siento mucho haber interrumpido vuestro pasatiempo. (Pág. 29, col. 1.ª.)

La marquesa se mostró generosa hasta la temeridad, mas en cambio quiso que Rosalía partiese inmediatamente, y á los dos días la vanidosa muchacha había salido ya de la granja de Senectensin.

La ocasion era aun oportuna. Hector se iba enamorando de cada día mas, y la marquesa, que iba siguiendo con su vista de lince los progresos de una enfermedad tan terrible, como que arrastra al hombre á cometer muchas flaquezas y no pocos actos de cobardía, había llegado á temer que desapareciese la ocasion oportuna para curar un mal á que todos estamos sujetos. Movida de estas consideraciones, la marquesa precipitó el desenlace de aquella historia intima, y, como todos los osados, se vió secundada por la fortuna.

Cuando Hector tuvo noticia de la marcha de Rosalía, sobrecogióle de pronto una lúgubre atonía; pero luego subió á caballo para ver todos los sitios en donde había permanecido en su compañía, y al restituirse al castillo se puso pálido, estenuado y descolorido, como si acabase de restablecerse de una enfermedad larga y dolorosa.

Prescindiendo de una situacion semejante, la marquesa se le acercó para decirle severamente:

—Hijo mio, lo que tu abuela ha hecho está muy bien hecho. Lee:

Y esto diciendo le entregó la carta que había recibido de Paris.

Leyó Hector aquella carta palideciendo de cada vez mas, porque cada palabra le causaba una nueva sorpresa; pero luego levantó la frente con altivez, y tomando la mano de su abuela la besó con el mas profundo respeto:

—Sí, mamita mia, os doy las gracias.

—Hijo mio, replicó la abuela, el oro puede regalarse á cualquiera, mas el corazon de un hombre de bien no debe entregarse sino á una mujer digna de recibirle.

EL CASTILLO DE LAS TRES TORRES.

POR M. MÉRY.

I.

No hace muchos años que aun existia este castillo en el camino de Issudun á Saint-Amand. Despues de haberse sustraído á la banda negra en 1824,

pasó á ser propiedad de M. Honorato Karlavan, arqueólogo muy rico que ponía en práctica su ciencia, á menos que se equivocara en este punto la opinion pública de sus vecinos.

La misma opinion suponía además que M. Honorato Karlavan había adquirido una gran fortuna por ciertos medios sumamente sencillos y situados al alcance de todas las inteligencias. Este hombre estremaba la avaricia hasta la exageracion ocultándola con el nombre de economía; vivía con muy poco, y aun con menos, llevaba siempre la misma casaca, que era de un paño indestructible, se cubría con un casquete de piel de nutria, echaba las cartas al correo sin sobre, dividía una oblea en cuatro, recogía en el paseo todo cuanto podia serle útil, como un alfiler, un clavo, un pedazo de bramate, y disponía todos estos hallazgos en un cajon con un letrero que decia: *objetos varios*.

Los jóvenes mas atronados de las cercanías le echaban pullas, pero los mas cuerdos decían:

—El hace bien; así es como se medra.

Llevados de este consejo, los propietarios menos acomodados de la comarca comenzaron tambien á recoger los alfileres y clavos para hacerse millonarios.

M. Honorato Karlavan tenía entonces cuarenta y cinco años; sus cabellos eran negros, pero alternados con algunas canas, y aunque su semblante tenía trazas de hombría de bien, en cambio tenía unos ojos picarescos, una frente huesosa y retrógrada, una nariz aguileña, labios gruesos y barba abollada. Cuando reía, la nariz y los ojos mostraban una seriedad inalterable.

Languidecían entretanto en su compañía su mujer, que á la sazón era de cuarenta años, y su hija única, llamada Luisa, que con ser morena, pálida y de espresion triste, no dejaba de ser interesante.

Los vecinos, que en el campo no tienen mucho que decir, repetían á cada paso:

—Luisa no se parece á su padre ni á su madre.

Todos soltaban á cada paso esta espresion, sin que nadie les contradijera.

Era una noche del riguroso invierno de 1829. Jugábase al revefino en el piso bajo de la torre de los tres castillos, á medio maravedí la partida: la

mesa estaba iluminada por una lamparilla que apenas permitia distinguir los naipes.

Cuatro eran los jugadores; el recaudador de contribuciones, el juez de paz, un hacendado, llamado M. Vénard, y M. Honorato Karlavan.

Este se quejaba amargamente, porque nunca tenía el as, y lanzaba los mas profundos suspiros.

Madama Karlavan y Luisa estaban sentadas en dos sillones del tiempo de Maricastaña cosiendo, charlando y durmiendo.

M. Vénard estaba entusiasmado, porque parecia el monopolizador de la fortuna y llevaba ya ganadas seis partidas. Este hacendado era un copista de M. Honorato, pues tambien iba recogiendo los clavos y los alfileres, y se creía ya en visperas del deseado millon.

No hay para que pintar la desesperacion de M. Honorato Karlavan en el momento fatal en que perdió un partido de cien juegos, ó sean, doce cuartos y medio. Levantáronse las dos mujeres al oír el grito del castellano; madama Karlavan se puso á acariciarle la barba por via de consuelo, y Luisa se conmovió con indiferencia.

— ¡Un partido completo! murmuró melancólicamente M. Honorato.

—Entonces no hay mas remedio que pagar, le dijo su mujer abrazándole.

— ¡Oh! No quedará arruinado por esa chilindrina, dijo el juez.

Honorato lanzó una mirada terrible al magistrado burlon, y echó diez cuartos sobre la mesa despues de haber contado las fichas acompañándolas con otros tantos suspiros.

Oyóse en esto una voz exterior que obligó á los jugadores á suspender el revefino.

Palideció M. Honorato Karlavan y se levantó.

—Me debeis dos cuartos y medio, dijo Vénard con la diligencia del hombre que teme algun olvido voluntario.

—Bien, hombre; ya lo sé, dijo Honorato.

Y esto diciendo se dirigió á la puerta con resolucion.

Entró un criado y dijo:

—Hay una silla de posta que se ve forzada á detenerse, porque la nieve está cubriendo todos los



Se presentó pomposamente una manzana aislada en una gran fuente (Pág. 30, col. 2ª.)

camino. Los caballos han quedado ateridos de frío, y el postillon ha traído al viajero que llevaba. Si mi señor le permite la entrada...

— ¡Calle! exclamaron el recaudador y el juez, y con esta noche tan atroz pedís permiso para recibir á ese infeliz!

Tartamudeó Honorato algunas palabras, y concluyó por hacer un gesto que el criado interpretó en sentido hospitalario.

M. Vénard había ya repetido tres veces: No olvideis que aun he de cobrar dos cuartos y medio, señor Honorato.

Así es como muchos se hacen millonarios, decía para sí M. Vénard mientras recojía un alfiler que había en el tapete.

Un instante después entró el indicado viajero, joven de veinte y cinco años, de simpático rostro y de elegantes modales. Las dos mujeres se apresuraron á reunir dos leños en el morillo de la chimenea para que este viajero pudiese calentarse.

—Caballeros, dijo el joven, siento mucho haber interrumpido vuestro pasatiempo, y os doy las gracias por la acogida que os dignais dispensarme.

Inclinóse M. Honorato contestando con varias palabras sueltas que no significaban nada.

—Nuestro camino vecinal está pésimo, dijo el recaudador: el ayuntamiento está apurado, y ha tenido que pedir un anticipo á los contribuyentes.

Sentóse el viajero colocando los pies al amor de aquella lumbre homeopática, y dijo:

—Caballero, me creo obligado á manifestaros mi nombre; soy el vizconde Carlos de Jonsac, y voy á Saint-Amand para arreglar algunos asuntos y luego iré á pasar el invierno en Italia...

—Si se os ofrece algo, añadió madama Karlavan.

—Muchas gracias, señoras, contestó diciendo el viajero; no necesitaba otra cosa que calentarme, porque... ¡con quince grados de frío...! Pero yo no puedo permitir que os molesteis: ¿porque habéis suspendido el juego?

—Sí, dijo M. Vénard, juguemos, que el señor no nos necesita para nada... Señor Honorato, ya sabéis que aun he de cobrar diez maravedises...

—Sí, ya lo sé, dijo Honorato con impaciencia; acaso teméis que me declare en quiebra?

—Ya que M. de Jonsac lo permite, dijo el recaudador, hagamos otro partido.

Las dos mujeres fueron á sentarse al lado del viajero para hablar de la nieve y para decir que en invierno suele hacer mas frío que en verano.

Los jugadores dieron nuevo principio al reversino, pero M. Honorato estaba taciturno, y apesar de los ases y de los treses perdía siempre, y, lo que es mas, pagaba sin murmurar.

M. Vénard extrañaba una puntualidad tan extraordinaria, y habiendo concluido el nuevo partido, resultó que M. Honorato perdía la enorme suma de veinte y cinco cuartos. Los demás jugadores temían una explosión, mas no fué poca su sorpresa cuando vieron que M. Honorato ni siquiera castigaba el tapete con una puñada.

Después de haber concebido al parecer una idea súbita, M. Honorato se levantó y dijo á M. de Jonsac:

—Dispensadme, caballero. Voy á haceros una pregunta que acaso os parezca indiscreta; pero soy padre de familia, y ya sabéis que la prudencia... ¿Tendréis la bondad de mostrarme el pasaporte?

—Con mucho gusto, dijo el joven sonriéndose: tenéis mucha razón en desear.... Aquí está mi pasaporte.

El recaudador y el juez de paz hicieron un gesto de desaprobación, porque semejante exigencia les parecía inhospitalaria en sumo grado.

Honorato, sin observar la pantomima de sus compañeros, tomó el pasaporte, leyólo con toda la atención de un sargento experimentado, y le devolvió al viajero escusándose de nuevo.

Madama Karlavan, aconsejada por Luisa, había hecho preparar una cama para M. de Jonsac, y habiéndose este despedido de la reunión salió del piso bajo en pos de un criado que llevaba una palmatoria.

Los jugadores, que vivían en las cercanías, se restituyeron á su casa á las doce de la noche, después de habérseles abierto un sendero á través de la nieve.

Entonces M. Honorato, viéndose solo con su mujer, le dijo con aspereza:

—Así que amanezca, ese joven saldrá del castillo. Comunicad esta orden á M. Martin.

Y saludando con frialdad tomó un candelero y subió á los cuartos superiores.

Al otro día las dos mujeres se levantaron muy de mañana, mandaron á Martin que fuera al cuarto del viajero para preguntarle como había pasado la noche, porque les había parecido que no estaba muy bueno, y el criado volvió diciendo que M. de Jonsac no había podido pegar los ojos y que se sentía con calentura.

Llegó en esto M. Karlavan, y oyendo las últimas palabras dijo:

—¡Qué calentura ni qué calabazas! es joven, y no hay joven sin calentura. Dadle un vaso de agua, y proporciónadle dos caballos... Yo no soy bastante rico para tener un hospital en mi casa.

Las dos mujeres se sintieron ofendidas por una cieatería tan cruel; pero no se atrevieron á hacer objeción alguna.

Titubeó el criado, cual si esperase contraórden, mas habiéndole hecho M. Honorato una seña decisiva, volvió á subir al cuarto del viajero para intimarle que se marchara.

Carlos de Jonsac era demasiado altivo para oponer la objeción mas leve á una orden tan inhospitalaria: así hizo un esfuerzo violento para luchar contra la calentura, y vistiéndose apresuradamente bajó como pudo al piso bajo para esperar los caballos.

M. Honorato, embozado en su capa, se estaba paseando por aquella sala sumamente fría hablando consigo mismo contra los viajeros que consideran un castillo como una posada. Entró de Jonsac y le saludó cortesmente con ánimo de decir al castellano estas solas palabras:

—Caballero, espero que con el tiempo podré recompensaros la buena acogida que me habeis dispensado.

—¡Ah, caballero! dijo Honorato, me pagais con ironía. ¡Hé aquí lo que son los jóvenes inespertos! Si yo recogiese en las noches de invierno á todos los viajeros que tienen frío, pronto tendría que comerme los codos con mi familia.

—Caballero, repuso Jonsac: no tengo derecho á hacer observación alguna, y siento haber pronunciado unas palabras que os han ofendido.

Y esto diciendo, M. de Jonsac saludó por última vez y se dirigió á la puerta, pero M. Honorato le detuvo diciéndole con mas amabilidad:

—Escuchad otras dos palabras. Yo no tengo la honra de conoceros, ni vos me conocéis á mí. Acaso publicaréis en todas partes que el opulento propietario de un castillo os ha plantado en la calle con un frío de quince grados; pero habeis de saber que este castillo es una casucha ruinosa y cargada de deudas. Yo vivo de lo que me deja la generosidad del arrendatario, de suerte que mis recursos consisten en ir recogiendo sus desperdicios; soy padre de familia, tengo de economizarlo todo, y Dios y ayuda que á fin de año quede quito con todos, porque si la cosecha de este año no es mejor que la otra, pronto me veréis reducido á la necesidad de pedir prestado.

Commovióse el joven viajero por el tono de verdad con que M. Honorato decía todas estas palabras, y no pudiendo resistir á la compasión que le inspiraba el castellano, le tomó la mano para estrechársela.

—Ahora, continuó diciendo M. Honorato, siento mucho tambien haberos ofendido; pero de todos modos me atrevo á suplicaros que no salgais. Sin duda os contentaréis con lo poco que tenemos.... y entretanto voy á mandar que enciendan lumbre.... pero ¡ah! ya tenéis capa.... Porque la leña es poca, y sobre todo muy cara.... Hemos quemado ya todos los trastos viejos que se estaban pudriendo en la guardilla.... Escuchad, señor de Jonsac: pues sois joven y rico, quiero daros un consejo.... no derrocheis nunca, porque la vida es larga, y si por desgracia sobreviene una mala cosecha ó un arrendatario insolvente, quedaréis arruinado en cinco años. Un propietario puede arruinarse, pero un arrendatario no se arruina nunca: los ricos siempre pierden, pero los pobres no tienen que perder.

Mientras espetaba semejantes máximas, M. Honorato soplabla el fuego con todas sus fuerzas, pero inútilmente, porque no habia otro combustible que las cenizas de los dos leños del día anterior. El joven viajero empezaba á arrepentirse de haber juzgado tan mal á su huésped; mas no por esto dejaba de parecerle que aquellas máximas de economía doméstica eran exageradas.

Sentados entrambos bajo la campana de aquella chimenea feudal, continuaron departiendo en asuntos de poca monta, como verdaderos ociosos que hablan únicamente para matar el tiempo.

El criado ponía entretanto la mesa para el desayuno.

Presentóse en esto un postillon anunciando que la nevada de la noche habia puesto intransitables todos los caminos, y que nadie queria proporcionar caballos.

—No le hace, dijo M. Honorato Karlavan; M. de Jonsac no tiene prisa.

Y añadió con una ligera sonrisa:

—Señor de Jonsac, aquí no tendréis muy buena mesa, pero estaréis á cubierto del mal tiempo... ¿Os sentis mejor?

—Un poco, dijo el joven.

—La estacion es terrible, dijo el castellano; uno no sabe que comer, porque solo se procura salir del día. La costumbre de reunir provisiones para el invierno es muy ruinosa, particularmente cuando hay mujeres y criados que todo lo echan á perder. Las mujeres no saben lo que cuesta el dinero: únicamente lo sabe el que ha de ganarle.

Entraron en esto las dos mujeres y se sentaron á la mesa del desayuno.

M. Honorato mostró la mesa al viajero, que se sentó al lado de Luisa.

Esta se habia ataviado lo mejor que pudo con un vestido viejo de merino que á fuerza de teñirse habia perdido el color, pero la hermosura de su rostro eclipsaba completamente el vestido. Era Luisa el bello ideal que podia desear el mas exigente; sus facciones ofrecian una perfeccion esquisita, sus miradas parecian de serafín, su frente, perfectamente cincelada, estaba superada de unos cabellos ondulados y tersos, su cuello parecia de

marfil y bien torneado; su talle correspondia á todas estas gracias, y lo que daba mayor realce á la belleza angelical de Luisa era su modesta apostura, su estremado candor y su perfecta naturalidad.

No hay cocinero que pudiera indicar con un nombre los dos platos de que se compuso el desayuno, y por consiguiente nos es imposible citarlos. El pan era de un color de hollín que no tiene ningun cereal del mundo, y en vez de vino se bebió cidra.

—Esta mañana, dijo el castellano, para obsequiar al caballero de Jonsac hacemos un poco de extra.

¿Qué podia importarle al joven viajero aquel desayuno manco, aquella cidra agria, aquella chimenea fria, aquella sala desamueblada ó aquella nieve que se pegaba en las vidrieras? Lo único que le estasiaba era el angel de la vispera, que á la luz del día le parecia aun mas hermosa: respirar á su lado, rozar la rodilla con un pliegue de su vestido, ver la gracia con que sus blancas manos recogian las migajas de pan que habia en los manteles para no disgustar á M. Honorato, que contaba todos los átomos y media todas las tajadas, era para él la felicidad suprema. Aunque acababa de llegar al castillo de las tres torres, parecia al pobre joven que hacia diez años que amaba á Luisa, porque su pasion habia crecido mucho en un solo día.

Al llegar á los postres se presentó pomposamente una manzana aislada en una gran fuente. M. Honorato la tomó con tiento, y habiendo medido sus dimensiones cual pudiera hacerlo el mas escrupuloso ingeniero, la cortó en cuatro partes y la distribuyó á los convidados diciendo: He aquí una manzana que en el mercado de Paris valdria por lo menos un franco. Es de un manzano que tengo en el prado; magnífico árbol por cierto, pero que me da mucho que hacer, porque cuando echa los frutos los cuento, y en seguida formo el debe y haber para facilitar el balance en la época de la cosecha, deduciendo sin embargo los que el viento hace caer, porque sin estas precauciones, señor de Jonsac, el colono os roba como pudiera robaros un salteador de caminos.

M. de Jonsac aprobó con una sonrisa artificial aquella precaucion.

—Con que, añadió M. Honorato ¿vais á pasar el invierno en Italia?

Sorprendido por una pregunta tan inesperada, el joven meneó la cabeza, recortó su cuartillo de manzana y acabó por decir:

—Así me lo habia propuesto, porque el invierno se pasa mejor en los paises calurosos... y luego mi médico me habia aconsejado que hiciese un viaje á Nápoles...

—Y vais á Nápoles...

—Veremos, replicó M. de Jonsac sonriendo... porque yo soy algo supersticioso... es un defecto que me ha legado mi madre... y... casi me avergüenzo de confesarlo...

El joven, que estaba observando la respiracion de la hermosa Luisa, creyó que acababa de detenerse el aliento en sus labios de coral, y continuó diciendo:

—La desgracia de ayer me parece de mal agüero. Seguramente no iré á Nápoles hasta el año que viene.

—La hermosa Luisa respiró con mas desahogo, y el enamorado Jonsac observó con placer aquella ocurrencia imperceptible que podia interpretarse como una confesion.

—¿Es decir, que ahora volveréis á Paris? preguntó M. Honorato.

—Cuando el camino esté mejor.

—Si sopla el viento del sur, replicó Honorato dirigiendo la vista á la ventana, la nieve se derretirá muy pronto.

Y en diciendo esto se levantó para examinar el estado de la atmósfera.

M. de Jonsac ofreció el brazo á la señorita Luisa para acompañarla á la chimenea, y aparentando la cortesía del que no sabe que hacer ni decir le dijo:

—Con que pasais el invierno en el campo.

—Sí señor: el invierno y el verano, respondió

la joven con la timidez y cálculo de la confidencia.

En seguida se sentó, tomó las tenazas, y procurando reconciliar los escombros de los dos leños que continuamente se separaban, añadió: M. Honorato va á Paris con mucha frecuencia.

—Sí, exclamó M. Honorato sin apartarse de las vidrieras; parece que por la parte del mediodía empieza á despejarse.

—Entonces partiré mañana, dijo Jonsac con aparente ligereza.

Levantó Luisa la cabeza y echó al viajero una mirada... de espresion inefable.

M. de Jonsac estaba á la feliz edad en que el hombre dotado de una fisonomía simpática cree en las conquistas improvisadas, en las seducciones fáciles, en las memorias de Casanova y de Faublas, en los cuentos de Bocacio, de Lafontaine y de Marmonel y en el *Fedro* de Racine; pero debemos decir en honor suyo, que lejos de interpretar la mirada de Luisa como la interpretara el amor propio, comprendió que en aquellos hermosos ojos habia toda la revelacion de un misterio que no pertenecia exclusivamente al amor.

M. Honorato Karlavan se fué acercando á la chimenea, y de paso recogió una hebra blanca que entregó escrupulosamente á Luisa diciendo:

—Todo lo echais á perder: tan descuidada eres tú como tu madre: así es como se arruinan las mejores casas... Vamos, á trabajar, que tu madre ha preparado labor, y el tiempo que se pierde á la mesa es precioso.

Levantóse Luisa, y saludando con aire de frialdad subió al piso superior.

—¿Con que no teneis mas familia? preguntó Jonsac con indiferencia.

—No señor, respondió Honorato, gracias á Dios, porque las familias demasiado numerosas son la ruina de los padres. Una hija tengo no mas, pero no tengo inconveniente en manifestaros que me da mucho que pensar.

Las niñas hasta que se casan, dijo Jonsac...

—¡Oiga! interrumpió diciendo Honorato; en el tiempo en que vivimos no se casa una niña con tanta facilidad, porque los jóvenes quieren dote, y el infeliz padre tiene que cortarse una pierna y andar cojeando toda la vida... Fuera de esto, maldita la gana que tiene Luisa de casarse: casi me atrevo á decir que desea hacerse monja.

Carlos de Jonsac reprimió un primer impulso, y ocultó sus impresiones atizando el fuego.

Oyóse en esto un ruido de pasos, y luego entró M. Vénard sacudiéndose la nieve que llevaba en la casaca.

El hacendado iba á jugar al revesino, como de costumbre.

—Señor de Jonsac, dijo el castellano, me permitiréis pues complacer al señor, porque los días de invierno son pesados, y no tenemos otro pasatiempo que la baraja... ¿Sabeis jugar al revesino?

—No por cierto, respondió Jonsac.

—Y á los cientos?

—Tampoco... No sé ningun juego.

—Pero ¿que haréis mientras jugarémos?

—¡Oh! cualquier cosa... Leeré...

Y como sobrecoigido por una idea súbita, M. de Jonsac añadió:

—Escribiré... sí, escribiré á Saint-Amand, porque me están esperando, y no quiero ir... ¿Hay correo en este pueblo?

—Sí, á veinte pasos de distancia, en casa del droguero.

—Pues entonces, dijo M. de Jonsac con aire de negligencia, si queréis hacerme el obsequio de proporcionarme recado de escribir...

Y M. Honorato, que durante este diálogo preparó la mesa, las fichas y la baraja, abrió un armario, sacó una hoja de papel y dijo:

—¿Queréis escribir mucho?

—No, pocas líneas.

M. Honorato cortó la hoja de papel en dos, y entregando una cuartilla á Jonsac dijo:

—Toda vez que no queréis escribir mucho, tendréis bastante con esta cuartilla.

En seguida el castellano dividió una oblea, colocó con mucho cuidado la mitad encima del papel, y practicó todas estas ceremonias con una gravedad que manifestaba la completa ignorancia de la ridiculez de tan minuciosos pormenores.

M. Vénard cantaba entretanto la cantinela de siempre.

— Así es como se hace una gran fortuna.

Pero luego añadió como desalentado:

— Sin embargo hace veinte años que ando recogiendo todos los alfileres y clavos, y nunca he podido aumentar en un ochavo mi renta de cinco francos.

— Porque teneis un vicio, dijo M. Honorato mientras hacía tinta con vinagre y agua.

— ¿Qué vicio tengo? preguntó M. Vénard con aire de dignidad.

— ¡Ah! No lo sé, pero precisamente habeis de tenerle. Vamos á jugar. Hace tres días que estoy perdidioso, pero si la fortuna continúa favoreciendo vuestras bazas, en vez de dinero jugarémos una toma de rapé.

Cuando se vió con papel y tinta, M. de Jonsac subió la escalera de su cuarto sosteniendo mentalmente este monólogo: — ¿Es posible que haya hombres que aspiren á hacer una gran fortuna con tantas privaciones y pequeñeces?

Apenas hubo entrado en su cuarto, cerró la puerta para ejecutar el proyecto que acababa de concebir, y cortando una tercera parte de la cuartilla de papel que le habia proporcionado la generosidad de M. Honorato, escribió las siguientes líneas:

«Señorita: vuestras miradas indican que no sois feliz. Dios es el único que distribuye la felicidad, pero muchas veces se sirve de un medio imprevisto para hacer venturosa á una muchacha proporcionándole un marido que merezca ser amado.

«Yo salgo para Saint-Amand, pero si os dignais concederme el derecho de esperar, dejad una vela encendida toda la noche del lunes al martes próximo detras de la ventana de vuestro cuarto, en la parte superior de la torrecilla.

De J.™.

En seguida de Jonsac examinó las paredes del cuarto, que estaban cubiertas de estampas viejas y cuadros á cual mas rancio, descolgó un *Rut y Booz*, prendió el billete con un alfiler detras del cuadro, y le colgó de nuevo, porque no se equivoca nunca el que tiene fe en la inteligencia de las mujeres.

Luego M. de Jonsac garabateó otra carta para echar al correo.

El viento soplabá del sur, como habia predicho M. Honorato, y era imposible diferir mas tiempo la partida, pues la nieve se iba derritiendo á ojos vista, y aparecia en muchos puntos el extremo de los brezos. Una permanencia mas larga hubiera alarmado la sordida avaricia del castellano, y era preciso librarle de un huésped tan oneroso.

De Jonsac hizo sus aprestos de viaje, y bajó al piso inferior para anunciar su determinación. M. Honorato opuso una resistencia muy débil á un proyecto tan repentino, y dijo al criado:

— Llamad á Antonio... Antonio, añadió el castellano dirigiéndose á M. de Jonsac, es el guarda, y quiero que vaya á echar vuestra carta al correo y á buscar caballos.

Presentóse Antonio despues de un buen rato. Este hombre, que tenia treinta y cinco años, y cuyo rostro, invadido por una barba muy negra y poblada, solo dejaba de manifestar una frente estrecha, una nariz de buitres y dos ojos brillantes como carbunclos, recibió las órdenes de M. Honorato y salió.

— He aquí un hombre, dijo el castellano, que parece muy tosco, pero en realidad no hay en el mundo un muchacho como él. Es un joven infeliz que hallé en Sicilia á la puerta de un convento; se contenta con cualquier cosa, come con mucha sobriedad, no bebe vino, y no cobra salario. Con los servicios que me presta ese pobre Antonio, cualquier mozo del pais ganaria mil francos á lo menos.

M. Honorato decia todo esto con aire de negligencia, como si lo dijera para sí, importándole muy poco que le oyeran.

Cuando estuvo todo dispuesto para la marcha, M. de Jonsac se despidió de M. Honorato, y en seguida haciendo que se arrepentia de un olvido involuntario, dijo:

— ¡Calle! me olvidaba de despedirme de las señoras; tened la bondad de indicarme la escalera.

El criado á quien iban dirigidas estas palabras, mostró el corredor y dijo:

— En el fondo, la última puerta, á la derecha.

Dirigióse apresuradamente de Jonsac al corredor para que no le siguieran, y habiendo llamado ligeramente á la puerta, entró en el cuarto de las señoras, y madama Karlayan le dijo:

— ¿Os marchais ya? ¿Porqué no esperais á mañana?

La joven guardó un silencio muy profundo, pero mas significativo que las palabras de su madre.

— Si señora, respondió de Jonsac; siento mucho tener que marcharme, pero...

— Os habrá parecido muy triste este castillo, dijo la señora en voz baja.

— No; mi cuarto era muy alegre, replicó el joven. Yo soy aficionado á los cuadros antiguos, y mi cuarto parece un museo. Yo soy caprichoso como un artista... ahora mismo estaba contemplando un *Rut y Booz* ennegrecido por el tiempo. Mil veces me ha ocurrido, estando de viaje, la idea de detener la silla de posta para correr á través de los campos en pos de un cuadro que hay en la iglesia de una aldea de Italia. Es una mania, pero ¡como ha de ser! Señoras, os doy las gracias por la bondadosa acogida que me habeis dispensado.

Y esto diciendo saludó profundamente y echó una mirada tan rápida como significativa á la interesante Luisa.

Levantóse lentamente la joven, como si quisiera tener la honra de acompañar al viajero hasta la puerta, y oyó en el corredor estas últimas palabras, pronunciadas en voz baja: *Rut y Booz*.

Esta precaucion era inútil, porque Luisa lo habia comprendido perfectamente.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VIAJES.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuacion.)

El czar es tambien aficionado á pasearse de incógnito por las calles de la capital, pero nunca he oido decir que trate á sus súbditos como si fueran acémilas. A propósito de sus paseos, se cuentan algunas aventuras que no tienen un desenlace tan triste como la del desgraciado Ivan, y ya que la recuerdo, quiero consignar en este diario una historia que me ha referido M. Apostol.

De órden del emperador está prohibido espresamente fumar en las calles de San Petersburgo. Un francés, recién desembarcado, comenzó á pasearse con el cigarro en la boca por la perspectiva Newsky, cual pudiera hacerlo por el baluarte de los Italianos, sin observar que el público le estaba mirando con atencion. He aquí que de repente se le presenta un caballero de aventajada estatura y de espresiva fisonomia, y habiéndole saludado muy cortesmente le dice:

— ¿Sois extranjero?

— Acabo de llegar de Paris ahora mismo, responde el francés.

— No dudo que ignorais todavia nuestras costumbres, pero está prohibido fumar por las calles de San Petersburgo.

— Mil gracias, caballero, porque nunca he querido quebrantar la ley.

— No dirian otro tanto todos vuestros paisanos.

— Y la prueba es que voy á tirar el cigarro.

— No lo tiréis, porque conmigo podeis fumar impunemente; pero cuando nos sepáramos no fuméis mas.

La gente se apartaba en efecto para abrir paso á los dos interlocutores. Cuando el francés hubo concluido su cigarro, su oficioso compañero se despidió de él dándole admirado de la suma cortesía de los rusos.

Al otro dia refirió esta aventura á un amigo suyo, y habiéndole descrito la fisonomia del desconocido, ese amigo le interrumpió diciendo:

— ¡Calle! ¿no adivinais quien era ese desconocido?

— ¿Y cómo he de adivinarlo?

— ¿Queréis saberlo?

— Con mucho gusto.

— Ese hombre tan atento...

— ¿Quién era?

— Su Magestad Nicolás I, emperador de todas las Rusias.

El parisense no queria creerlo, y consideraba que su amigo se estaba chanceando con él, pero de repente se le presenta un feldjeger de grande uniforme y le entrega un paquete diciendo: «De parte del emperador.»

El paquete era una caja de cigarros con un rótulo que decia: *Para fumar en Paris*.

Estamos en el mes de enero. Paso la vida cumpliendo con los deberes de mi estado: trabajo con mis dos discípulos, y de cada dia las quiero mas. Fedia me enseñaba el ruso, y yo hago grandes progresos en esta lengua, que me gusta mucho por su dulzura y armonia. He recibido noticias de mi tio y del cura, mas aunque temia que el viejecito me engañaba al manifestarme que se iba habituando á su nueva posicion, estoy tranquila, porque M. Boyer me dice lo mismo. Mi primo Jaime vive en Argelia, y acaba de verse ascendido á sargento por haberse distinguido en una expedicion. Yo vivo en el retiro y en el aislamiento, pero esta existencia no me desagrada, porque madama Napukine tampoco es amiga del gran mundo, y me sentiria completamente dichosa sino me inspirase algunas inquietudes la salud de esta señora, que hace un mes que se va poniendo de cada dia mas triste. El secreto pesar que observé en ella la vez primera la va consumiendo insensiblemente, pero ¿qué pesar puede ser ese? Varias veces he querido preguntárselo, pero siempre me ha contenido una timidez involuntaria. Verémos mas adelante, porque yo me sentiré mas fuerte cuando ella me conozca mejor.

En 18 de enero tiene lugar la bendicion de las aguas del Newa. Mis dos discípulas desean mucho asistir á esta ceremonia nacional, y á mi me parece que tampoco ha de desagradarme. Madama Napukine, aunque algo doliente, no se opone á nuestros deseos, y hemos acordado ir á casa de una amiga de la familia, desde donde puede verse la ceremonia con todos sus pormenores.

Esta ceremonia se verifica delante del palacio de invierno. Se ha construido una especie de templo sobre los hielos del rio, adonde se llega por medio de un puente hecho con estacas; en medio del templo hay un agujero practicado en el hielo, y encima del agujero hay atada una paloma viva que se debate entre guirnaldas.

A las once ha empezado la misa, que ha durado una hora y á la cual asistia el czar con su esposa y toda la familia imperial. A las doce en punto ha salido la procesion, compuesta del siguiente modo: abria la marcha un sacerdote con una linterna, seguian otros sacerdotes con imágenes, reliquias y banderas, iba en seguida el archimandrita de San Petersburgo con todo el clero, revestido de los mas suntuosos trages sacerdotales y con el correspondiente séquito de cantores, pages y oficiales, y corraba la marcha el czar con su familia, las principales dignidades de la corona y del estado, varios generales, ayudantes de campo y los cortesanos mas distinguidos. Todos los asistentes iban descubiertos.

A la llegada del emperador, el archimandrita ha sumergido tres veces la cruz en el agujero para bendecir el agua; en seguida ha entonado el cántico de costumbre, contestándole la voz de los can-



Bendición de las aguas del Newa. (Pág. 31, col. 3ª.)

tores, y luego ha presentado al czar una copa llena de agua de la que acababa de consagrar.

Concluida la ceremonia se ha disparado una salva de artillería. El emperador, apesar de un frío de veinte grados, ha permanecido cerca de media hora con la cabeza descubierta, soportando al parecer con indiferencia aquella situación. La emperatriz, las princesas y las camaristas presenciaban la ceremonia como nosotros, esto es, asomadas á las ventanas de palacio.

Al dispararse el último cañonazo hemos presenciado un espectáculo muy singular. Los mujicks se han precipitado al agujero con cántaros, pucheros, vasos, garrafas y todo género de botellas para llenarlas con agua sagrada, y una mujer ha sumergido dos veces á un niño que llevaba en la cabeza. Nosotras volvimos el rostro lanzando un grito de horror, mas al propio tiempo se han echado en el río dos mujicks sin desnudarse, y uno dellos ha sido arrastrado por la corriente, porque no ha habido tiempo de salvarle. Los creyentes envidian su suerte, pues dicen que la víctima irá en derechura al paraíso. Los rusos creen que las aguas del Newa, en el momento de ser bendecidas, contraen una virtud particular, cual es la de purificar las almas asegurando la prosperidad en esta vida y afianzado la salvación eterna del que tiene valor suficiente para arrojarse al río despues de la bendición de 18 de enero.

Muchò me ha entristecido un espectáculo semejante, porque los actos de fanatismo producen siempre una impresion dolorosa. Me ha horrorizado particularmente aquella madre que ha espuesto la vida de su hijo imponiéndole un suplicio tan atroz, únicamente por una preocupacion que los sacerdotes procuran arraigar, pero que verdaderamente debieran desterrar.

Al otro día, mientras estábamos bordando en el salon, oímos el sonido de las campanillas de un tripeo. Sus bulliciosos pasajeros se detuvieron á la puerta de la casa, donde entró una señora cubierta de pieles. No es posible describir la gracia ni la amabilidad de esa señora, que comenzó por dar un abrazo á la señora de Napukine y estampar un beso en la frente de las dos niñas admirando su belleza y su finura. Esta señora habia oído hablar

con elogio de las calidades de la institutora francesa que habia elegido madama Napukine, y entonces le pareció que aquellos elogios no eran exagerados. Yo no acertaba á darme cuenta del modo como podia haberme conocido una señora tan distinguida, pero cuando se trasladó al gabinete particular de madama Napukine para hablar con ella á solas, Fedia me participó que aquella señora era la condesa de Ermolai, esposa de un empleado superior en el ministerio de policía y parienta de la familia Napukine.

La conversacion secreta de las dos señoras duró unos veinte minutos. En el acto de despedirse, la condesa nos trató con mucho comedimiento, y me pareció que madama Napukine estaba sonrojada, como si hubiese llorado. Temí que la condesa le hubiese traído alguna mala noticia, pues efectivamente estaba aun mas grave y triste que de costumbre.

—Niñas, dijo á mis discípulas, madama de Ermolai da una gran fiesta la semana que viene, y espera que como parientas asistiremos á ella. Vos tambien iréis, querida Maria, porque mi prima me ha encargado que os convidara espresamente.

Yo no queria ir, pero Fedia y Prascovia, que son muy aficionadas á los bailes, me han instado vivamente para que fuera, y al fin he tenido que acceder á su deseo, porque tambien me lo ha suplicado madama Napukine.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VARIEDADES.

Navegacion submarina.

por J. R.

Parece que se ha resuelto en Francia de una manera satisfactoria el problema de la navegacion submarina por el doctor Payerne. Su barco está construido con fuertes planchas de hierro unidas como las de las calderas de vapor, y tiene una forma ovoidea; en su parte superior hay algunas aberturas, cerradas con fuertes cristales para dar paso á la luz y otra para la introduccion del aire, cerrada tambien. En la parte inferior hay una puercecilla que se abre cuando sumergido el barco, se

quiere la tripulacion poner en comunicacion con el fondo del agua.

Para empezar la maniobra de submersion se condensa el aire interior por medio de bombas, dándole una presion que dependa de la profundidad á que se quiere llegar, en receptáculos destinados al efecto.

La tripulacion se coloca en la habitacion que le está destinada, y despues se introduce en los compartimentos que forman la parte anterior y posterior del barco, el agua suficiente para que pueda sumergirse por medio de la adición de este lastre.

El aire comprimido que se ha introducido al empezar la maniobra se halla encerrado en depósitos que se ponen en comunicacion con la cámara que ocupe la tripulacion, por medio de una llave.

Antes de abrir la puercecilla del fondo para las exploraciones que se quieran hacer, se empieza por equilibrar la presion de la atmósfera ocupada por los hombres con la presion que sufre el barco en tal profundidad á que se encuentra y esto se consigue abriendo las llaves que comunican con los receptáculos del aire comprimido. Se conoce que hay equilibrio, cuando una llave que se abre en el fondo no da entrada al agua ni salida al aire.

Haciendo salir por medio de bombas parte del agua que sirve de lastre, se puede hacer volver á subir el barco ó mantenerle á la altura conveniente.

El barco lleva además una maquinita de vapor para la locomocion submarina, que se efectua por medio de un hélice y que forma la parte mas ingeniosa del descubrimiento.

En fin, el barco submarino va tambien provisto de un aparato destinado á mantener el aire en condiciones aptas para la respiracion.

Este aparato absorbe el ácido carbónico producido por la respiracion, y restituye al aire el oxígeno perdido. La esperiencia ha demostrado que gracias á este medio, cinco hombres pueden permanecer encerrados sin sentir incomodidad alguna y durante muchas horas, en un espacio herméticamente cerrado de siete metros cúbicos (unas nueve varas cúbicas).

LIBRERIA DE J. VERDAGUER, RAMBLA, N.º 5.

Imprenta de J. Oliveres y M.